

## ¿UNA FRAGUA EN TIEMPOS INFORMÁTICOS?

*Gonzalo Fernández Sanz, CMF*

Estoy seguro de que usted sabe qué es una computadora. Pero tal vez no sepa qué es una fragua. O, por lo menos, es probable que nunca haya visto una de cerca. Pues en este artículo le voy a hablar de hornos, fuego, yunques, martillos y agua. No se asuste. Le prometo un viaje apasionante.

Si San Antonio María Claret hubiera vivido hoy tal vez se hubiera servido del ejemplo de la computadora para explicar cómo se hizo misionero. Hubiera hablado de discos duros, archivos, formatos, accesos directos y otras expresiones semejantes, de modo parecido a como lo hizo hace unos años el cantante dominicano Juan Luis Guerra en su canción “Mi PC”. Pero Claret no vivió en el siglo XXI sino en el XIX. Nació en 1807 y murió en 1870. Nunca vio una computadora. Vio desde niño -eso sí- muchas fraguas.

El espectáculo de la fragua se le quedó grabado en la memoria. ¿Cómo es posible que un trozo de hierro, frío y duro, se convierta en un objeto útil (como, por ejemplo, una azada) o hermoso (como, por ejemplo, la verja de una ventana)? ¿Qué misterioso proceso tiene lugar para que se dé una transformación semejante?

Con curiosidad infantil, el niño Claret observó cómo trabajaba en su taller el herrero de su pueblo natal, Sallent. Para transformar el hierro lo primero que hacía era introducirlo con unas tenazas en el fuego del fogón. Un ayudante movía el gran fuelle que proporcionaba el aire suficiente para la combustión. Al cabo de unos minutos, el hierro se volvía rojo, rusiente, adquiría el color del fuego. Entonces, el herrero lo colocaba sobre el yunque y comenzaba a golpearlo con un martillo, a veces enérgicamente; otras, con una gran suavidad. No eran golpes violentos sino toques de artista. Poco a poco, a base de golpes certeros, iba transformando el trozo de hierro en el objeto que se había propuesto. Al final del proceso, el herrero introducía en un recipiente con agua el objeto forjado para que éste adquiriese el temple justo antes de ser utilizado.

Pasaron los años. Claret se hizo adulto. Cuando quiso expresar cómo había llegado a ser misionero se acordó de las imágenes infantiles de la fragua. Pensó que Dios había hecho algo semejante con él a lo largo de su vida misionera. Dios, por caminos misteriosos, había transformado su hierro en una aguda flecha. A Claret le gustaba mucho el símbolo de la flecha porque expresaba bien su vocación de profeta “lanzado” a anunciar el evangelio. Pero hasta llegar ahí tuvo que recorrer un proceso semejante al que realiza el herrero en la fragua.

En primer lugar, vivió la experiencia del fuego; es decir, la experiencia del amor de Dios. Este fuego purificó sus imperfecciones, calentó su frialdad, cauterizó sus heridas, ablandó sus rigideces. En otras palabras, lo dispuso para ser forjado en el yunque de la vida a través de pruebas y sufrimientos. Amor y dolor fueron las experiencias que lo prepararon para ser un misionero como Jesús. Al final del proceso, transformado ya en flecha, pudo aplicarse a sí mismo las palabras del profeta Isaías: “El Señor me ha ungido y enviado para evangelizar a los pobres”.

Durante este año 2008 estamos celebrando el bicentenario del nacimiento de San Antonio María Claret. El lema es, precisamente, “Nacido para evangelizar”. ¿Podríamos aprender algo del símbolo que él utilizó para comunicar el proceso de transformación personal que había experimentado? Intentémoslo.

Todos tenemos sueños en la vida. Quisiéramos conseguir las metas que nos hemos trazado. Algunos aspiran a superar las adicciones (alcohol, tabaco, drogas). Otros se imaginan realizando una profesión que les atrae o aportando algo para cambiar este mundo. Todos queremos amar y ser amados. Pero, a menudo, los sueños se convierten en frustraciones porque no sabemos qué tenemos que hacer para lograrlos. La alegoría de la fragua nos enseña mucho.

El hierro frío, aunque reciba muchos golpes, no cambia su forma. Lo primero que el herrero hace es introducirlo en el fuego. No hay transformación sin pasar por el fuego. Para Claret, el fuego

es símbolo del amor. Sólo el amor consigue lo que ningún proceso de aprendizaje puede darnos. Sólo el amor cura las heridas que la vida nos ha producido. Sólo el amor calienta nuestras actitudes frías, escépticas, desconfiadas. Sólo el amor ablanda nuestros criterios rígidos, nuestros prejuicios y resentimientos. Sólo el amor ilumina las zonas oscuras de nuestra personalidad. Por eso, todo proceso personal de cambio empieza por la experiencia de sentirnos amados por las personas que viven a nuestro lado y, sobre todo, por Dios. Él es el fuego que siempre arde, que no está sometido a los vientos de la exclusión o de los celos.

Quien se siente querido está en condiciones de transformar en elementos positivos todos los “golpes” que la vida le va dando: algunos, expresamente buscados y dirigidos; otros, involuntarios y, en ocasiones, crueles. Quien está preparado por el amor aprovecha todo lo que sucede para ir dando forma a su personalidad. En el caso de los cristianos, la forma es Cristo mismo. Nosotros aspiramos a parecernos lo más posible a él. Quisiéramos tener sus mismos sentimientos para ver las cosas como él las ve y actuar como él actúa. Este proceso no se puede hacer sin sufrimiento. Naturalmente, no se trata de sufrir por sufrir, sino de entregar la propia vida para que sea forjada por Dios a la medida de Jesús.

Esta forja nos prepara para ser personas nuevas, flechas lanzadas al servicio de los demás. El objetivo no es convertirnos en flechas guardadas en un museo, sino en hombres y mujeres dispuestos a transformar este mundo difícil que nos ha tocado en suerte.

¿No le parece que la imagen de la fragua, usada por Claret, contiene una profunda sabiduría que puede ayudarnos a plantear nuestra vida de otro modo?